

ÁNGEL MARÍA DE LERA

LOS
OLVIDADOS

EDICIÓN DE
ASUNCIÓN CASTRO DíEZ

Los olvidados es la primera novela de Ángel María de Lera (1912-1984). En ella traza la biografía social y existencial de un puñado de personajes marginales, emigrantes del campo andaluz que sobreviven en los suburbios madrileños en los difíciles años de la primera posguerra. No hay lugar para la esperanza en esta visión fatalista y determinista del ser humano, abocado por naturaleza al sufrimiento, y donde ningún esfuerzo merece la pena.

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

VIDA Y OBRA

Ángel María de Lera, que por circunstancias de su vida fue un escritor tardío —no publicó su primera novela hasta cumplidos los 45 años—, alcanzó después un éxito popular rápido, fue traducido a numerosos idiomas y hoy es un escritor casi olvidado, como tantos otros, arrumbado en el rincón de la novela realista de posguerra, tras el descrédito del realismo social. Su momento de mayor auge tuvo lugar entre finales de los cincuenta y, sobre todo, en los sesenta y primeros setenta. En los últimos años apenas ha generado menciones y la escasa bibliografía específica existente se escribió casi toda ella en vida del autor. Hoy se hace necesario explicar quién fue Ángel María de Lera y poner su biografía en relación con una época española reciente, pero olvidada, y necesitada de revisión crítica a la luz de la distancia cronológica y la ausencia de escuelas y directrices literarias que marcaron un tiempo, una estética y un prestigio.^[1]

Nace el 7 de mayo de 1912 en Baidés (Guadalajara). Su padre, Ángel Julio de Lera y Buesa, médico rural, aparece en el recuerdo del escritor como hombre de talante liberal y entregado a su trabajo con verdadera vocación en unos tiempos en que la pobreza, la marginación, y la falta de medios y conocimientos hacía heroica la lucha contra enfermedades y epidemias que también se cebaron con la familia. La madre, María Cristina García Delgado, natural de Za-

mora, era la hija única de Máximo García Gil, Juez de Instrucción, y miembro de una familia antaño aristocrática que malgastó su fortuna bastante antes del nacimiento de Ángel. Los sucesivos destinos del padre determinan los desplazamientos de la familia que, al año de llegar a Baides, se traslada a Membrilla, en la provincia de Ciudad Real, y después brevemente a Los Cortijos de Arriba de Fuente el Fresno, en la misma provincia. Las vivencias de esta tierra, donde transcurre la infancia de Lera hasta los ocho años, nutrirán después el ambiente de algunas de sus novelas rurales, como *Los clarines del miedo*, *La boda*, o *Tierra para morir*. Van naciendo los hermanos, cuatro niños y cuatro niñas, pero sólo Ángel y tres de sus hermanas llegarán a la edad adulta.

En 1920 la familia se traslada a Lanciego, en la Rioja alavesa, muy próximo a Laguardia, de donde era oriundo el padre, y donde Ángel pasa largas temporadas con su abuelo Hermenegildo, boticario. El clima conservador de Laguardia y el espíritu tradicional de su abuelo influyen al parecer en su vocación religiosa, e ingresa en el Seminario Menor de Vitoria con doce años de edad. Corren los años de la Dictadura de Primo de Rivera, y el joven estudiante percibe aún confusamente los ecos políticos a los que asiste en las tertulias de la rebotica de su abuelo. En el seminario escribe sus primeros versos encendidos, que publica en la revista interna, *Gymnasium*, y una obra dramática en verso, *La conquista de Granada*, a imitación del teatro patriótico versificado entonces en boga de Villaespesa o Marquina. Pero aún están lejos los condicionantes que le llevarían a convertirse en novelista años después.

La muerte de su padre en enero de 1927, víctima de la epidemia de gripe, causa tremenda conmoción en el joven de 14 años. La familia queda en una situación desvalida, por lo que la madre ha de marcharse a Madrid con sus hijas, a refugiarse en casa de su madre, María Delgado Díez, también viuda. Ángel se queda en Vitoria donde continúa

la vida del joven seminarista entre profundas crisis de misticismo y un progresivo escepticismo que le animó a abandonar el seminario definitivamente en 1930, con 18 años.

Para entonces, a su madre, en calidad de viuda de un médico, le habían concedido una administración de loterías en La Línea de la Concepción (Cádiz), y allí se reúne la familia con el sustento ya asegurado. Ángel finaliza el bachillerato y en 1932 inicia la carrera de Derecho como alumno libre en la Universidad de Granada, de la que cursará sólo cuatro años, interrumpidos por el estallido de la Guerra Civil.

La estancia de Ángel María de Lera en Andalucía supone una experiencia cordial y vitalista en contraste con la dureza de su vida anterior en el seminario. Pero sobre todo, esos años coinciden con la definitiva concienciación política del futuro escritor. Son años complejos en una España que se va escindiendo ideológicamente en dos bandos irreconciliables, ante lo que parece difícil permanecer impasible. Tras la salida de España del rey Alfonso XIII y la llegada de la Segunda República, los partidos políticos asumen posiciones cada vez más extremistas y distanciadas. Andalucía, junto con Cataluña, protagoniza uno de los focos anarquistas de mayor relieve. Las lecturas del joven Lera en esos años están constituidas por las novelas de los grandes realistas decimonónicos: Zola, Víctor Hugo, Dostoievsky, Dickens, Galdós, y también de sus contemporáneos de promociones mayores: Baroja, Hoyos y Vinent, Felipe Trigo, Zamacois. Pero su interés literario se compagina también con el político y lee incesantemente ensayos sobre marxismo y anarquismo: a Marx, Bakunin, Kropotkin, Sorel. Se siente más atraído por el anarcosindicalismo que por el marxismo, pero sin ideas del todo claras y sin una filiación concreta. Pese a ello, a partir de 1932 comienza a publicar artículos combatientes en la prensa anarquista, como en la revista *Estudios de Valencia*. Continuará bajo el pseudónimo de «Ángel de Samaniego» en *La Tierra*, durante su ser-

vicio militar en el Cuartel de Zapadores Minadores de Campamento, en Madrid.^[2]

Su definitiva adscripción política tendrá lugar cuando, ya licenciado del ejército y de regreso en La Línea de la Concepción, conozca en junio de 1935 a Ángel Pestaña, quien acababa de fundar el Partido Sindicalista y llegaba para difundir su programa. Lera sintoniza de inmediato con su ideario y, como Secretario, comienza la organización del partido en Andalucía. En las elecciones de febrero de 1936 obtuvo la única acta de diputado del partido, escaño que le sería cedido al propio Ángel Pestaña, porque no había logrado ocupar ninguna candidatura en Zaragoza.

El activismo político, su carrera de Derecho, y hasta sus relaciones amorosas con una «novia formal» de familia burguesa quedan en suspenso tras el estallido de la Guerra Civil. Lera huye a Gibraltar e inicia una serie de penalidades que marcaron inequívocamente su vida y su vocación literaria con el signo del destino fatídico, el dolor y la soledad, motivos que afloran insistentemente en su obra y en sus recuerdos. Lera es nombrado Comisario de Guerra, y acude al frente para inflamar los ánimos, en Madrid, en el frente Norte, en la batalla del Ebro. Su guía político, Ángel Pestaña, muere en diciembre del 37 y el joven Lera asiste al derrumbamiento progresivo de la España republicana en medio de divisiones y desorientación general. A los pocos días de entrar las tropas franquistas en Madrid, donde Lera se esconde, es detenido y en un juicio rápido es condenado a pena de muerte. El estupor y el horror del joven Lera, víctima de la más dura represión en los primeros meses tras el fin de la guerra no conoce límites. Las «sacas» para el fusilamiento se suceden a diario entre los presos hacinados, y durante mes y medio Lera espera oír su nombre, cuando sorpresivamente su pena es conmutada por la de treinta años de prisión. Permanece la mayor parte de su encierro en el penal de Ocaña en condiciones durísimas, hasta que en 1944 se le concede la libertad provisional. Pero aún ha-

brá de regresar a presidio en enero de 1946, esta vez a Carabanchel, porque anulado el consejo de guerra que lo condenó, ha de volver a ser juzgado. El despropósito terminará cuando tras un nuevo juicio en Zaragoza, en diciembre de 1947, sea condenado a 21 años de cárcel y seguidamente indultado.

Lera tiene 35 años cuando comienza por segunda vez su vida. En Madrid se reúne con su familia, que carece de recursos, y comienza a buscar trabajo. Antes, durante su libertad provisional, había trabajado de listero en la construcción, y había escrito fascículos mercantiles para una academia de contabilidad por correspondencia. Ahora se va a emplear también en lo que salga, y un matrimonio lo contrata para un trabajo tan peculiar como escribir obritas de teatro que colman los anhelos literarios de la mujer; más tarde, con el marido reparte y distribuye gaseosas por quioscos y tabernas. Finalmente Manuel Vega Sierra, como él represaliado político, y a quien le unirá una relación progresivamente amistosa, le ofrece un puesto de contable en una fábrica de licores situada en el barrio de Las Carolinas, de Villaverde, en Madrid. Allí, en el chabolismo que crece en torno suyo, procedente sobre todo de la emigración andaluza, encontrará la inspiración de su primera novela, *Los olvidados*. En el empleo de contable permanecerá hasta 1963, cuando encuentre ya suficiente seguridad en su profesión de escritor como para prescindir del único sueldo que, pese a lo escueto, durante muchos años le dio cierta seguridad.

En 1949 Lera conoce a María Luisa de Menés, doce años más joven que él, y en 1950 se casan. Son años aún de miseria en España, y las biografías de Lera hacen continua referencia a las penurias económicas del matrimonio. Nacen dos hijos, Ángel Carlos en 1951 y Adelaida en 1958.

Con la normalidad llega el sosiego para la escritura. Lera siente la necesidad de contar los fantasmas de la tragedia que ha vivido, de hecho vincula directamente la viven-

cia del dolor y la soledad con la urgencia de la escritura. Pero además de la conciencia del dolor, en su vocación de novelista le ayuda también mucho su amigo Antonio Vich,^[3] hombre culto, médico de formación, aunque dedicado profesionalmente a escribir guiones cinematográficos, y dueño de una nutrida biblioteca que pone a disposición de Lera. Vich lee sus primeros manuscritos y le aconseja y guía. Hacia 1955 Lera había comenzado a redactar *Los olvidados*, que aparece en 1957 en la editorial Aguilar, en un volumen conjunto de jóvenes escritores noveles que pasa desapercibido.^[4] También por entonces Lera comienza a escribir una novela sobre su vivencia de la guerra, pero Vich le hace desistir de publicarla; no es el momento en una España oficial que sigue dictando consignas triunfalistas, ni tampoco Lera tiene la suficiente madurez literaria ni distancia emocional como para tratar un tema que le duele aún tan de cerca. Escribe entonces lo que será su primer gran éxito como escritor, *Los clarines del miedo*, una crónica condensadísima de la tragedia en una plaza de toros de pueblo, que fue finalista del premio Nadal en 1956. La novela fue publicada por Destino en 1958, proclamada por Eugenio de Nora obra maestra, traducida de inmediato en numerosos países —Francia, Canadá, Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Alemania...—, alabada por Orson Welles como la mejor novela escrita sobre el toreo. A partir de entonces el resto de su producción narrativa se sucede a un ritmo imparable. Lera escribe rápido, prácticamente una novela cada año, y a *Los clarines del miedo* le sigue *La boda* (1959), drama rural que recoge la asfixiante atmósfera de los pueblos del interior, cerriles y apegados a unas costumbres bárbaras. *Bochorno* (1960) y *Trampa* (1962) cambian el campo por la ciudad para trazar en la primera el retrato crítico de una sociedad inmoral y llena de prejuicios que es la de posguerra, y en la segunda una estampa de la burguesía madrileña menos lo-

grada que las anteriores por cierta tendencia al esquematismo tópico.

Y junto con las novelas, avanza también su labor como periodista. Su amistad con Torcuato Luca de Tena le lleva a colaborar frecuentemente en ABC con artículos en prensa, reportajes de encargo, y durante un tiempo, en 1965, dirige la sección del «Mirador literario», suplemento semanal literario que se publicaba los jueves.

No hay que olvidar tampoco la ocasional labor de Lera como guionista cinematográfico, tarea en la que se estrenó con el guión de *Los clarines del miedo*, escrito a la vez que la novela y en colaboración con su amigo Antonio Vich. La película sería realizada en 1958 por Antonio Román, con Francisco Rabal como protagonista. Sin duda que la adaptación cinematográfica de algunas de sus novelas contribuiría a la popularización de las mismas. En 1964, y tras largas vicisitudes, Lucas Demare llevará al cine su novela *La boda*, en una producción hispano-argentina de resultados poco notables. En 1962 Manuel Tamayo y Juan de Orduña llevan a cabo una adaptación cinematográfica de *Bochorno*, dirigida por Juan de Orduña. Otros proyectos de adaptación cinematográfica quedarían sin realizarse, como *Hemos perdido el sol*, guión de 1963 conservado en la Biblioteca Nacional. Lera colaborará en otros proyectos ya al margen de sus novelas,^[5] como en la escritura del guión, junto a Pedro Olea, Ricardo López Aranda y José Trade de *Tormento*, de 1974, dirigida por Pedro Olea.

Lera comienza a ser un escritor conocido y su economía se va asentando. Las novelas aparecen ultimadas siempre durante sus veraneos en la costa mediterránea, y sobre todo en Águilas (Murcia), donde el escritor recala con su familia todos los veranos a partir de 1963. En Águilas, donde tiene dedicada una calle, y a donde poco antes de morir donó su biblioteca, Lera ejerce cierta actividad cultural, sobre todo como promotor del premio Águilas de novela, patrocinado por el Ayuntamiento local, y que alcanzó una do-

tación económica relevante en la época. Viaja en junio de 1962 a Alemania, donde su obra ya es conocida, primero invitado por el gobierno alemán, por mediación de un periodista que lo entrevista en España. En febrero de 1963 regresa de nuevo, esta vez como enviado especial de ABC para escribir unas crónicas sobre los inmigrantes españoles que después aparecerían en formato de libro (*Con la maleta al hombro*) y que inspirarían sus novelas *Hemos perdido el sol* (1963) y *Tierra para morir* (1964). La primera toma el argumento de las vivencias de los jóvenes emigrantes en Alemania, su nostalgia y dificultades de adaptación a un país y lengua extraños, mientras la segunda contempla la emigración desde la perspectiva de los que se quedan, de los pueblos abandonados que languidecen sin juventud, ni futuro, ni esperanza. *Tierra para morir* recibió los premios Álvarez Quintero y Pérez Galdós.

Pero su definitivo lanzamiento popular llegó con la concesión del premio Planeta en 1967 por *Las últimas banderas*, la novela tantas veces pospuesta donde vuelca su dolorido recuerdo de la Guerra Civil. La intolerancia del totalitarismo, junto con la necesidad de propaganda para la causa, habían favorecido que escritores afines al franquismo, como Rafael García Serrano, José Luis Castillo Puche, Torcuato Luca de Tena, o Emilio Romero, entre otros, publicasen novelas donde se exaltaba la cruzada de los vencedores.^[6] En cambio la perspectiva de los perdedores, convenientemente publicitada por Planeta, resulta inédita^[7] y exitosa, además de humanamente sincera y emocionada. El éxito le lleva a Lera a retomar el mismo asunto hasta componer un ciclo autobiográfico sobre la Guerra Civil que bajo el título de «Los años de la ira» se continuó con *Los que perdimos* (1974), *La noche sin riberas* (1976) y *Oscuro amanecer* (1977). La miseria física y moral de la posguerra dará lugar también a la novela *Se vende un hombre* (1973), que reci-

bió los premios Fastenrath de la Real Academia y el Ateneo de Sevilla.

Tres novelas completan el total de la producción narrativa de Lera: *El hombre que volvió del paraíso* (1979), *Secuestro en Puerta de Hierro* (1982) y *Con ellos llegó la paz* (1984). Estas tres últimas se distinguen del resto del corpus ficcional del escritor, que presenta una fisonomía común en cuanto documento testimonial de una época, la guerra y posguerra españolas, y de un ambiente social y moral. En las tres últimas ensaya Lera otros asuntos más imaginativos y variados, como la parodia del paraíso prometido en *El hombre que volvió del paraíso*, la aproximación al género negro y los subterráneos de la nueva sociedad capitalista en *Secuestro en Puerta de Hierro*, o en *Con ellos llegó la paz* la normalización de la vida española que protagonizan las nuevas generaciones españolas, para quienes las viejas actitudes autoritarias no son mucho más que un resto pintoresco y exótico. Parece que Lera opta por explorar otras alternativas narrativas en un tiempo, finales de los setenta y primeros ochenta, en que el auge del experimentalismo en narrativa, la influencia de una literatura renovadora y cosmopolita, además del descrédito del realismo social, había hecho viejas sus novelas anteriores, y se imponía una puesta al día. Sin embargo, y pese a la madurez del discurso narrativo y el atractivo de algunos asuntos planteados, Lera no encuentra en estos últimos títulos el dominio del mundo narrativo que sí tenía en el resto de sus novelas sobre la guerra y posguerra españolas.

Por último, su obra se completa con otros títulos de ensayos y reportajes periodísticos. No voy a hacer referencia a toda la obra ensayística firmada por Ángel María de Leía y que en ocasiones responde a encargos de diversa índole, habituales en un hombre que vive de su profesión de escribir, sino a la que adquirió mayor relevancia, también en relación con su obra narrativa. Ya se ha hecho alusión al viaje por Alemania que dio lugar a la serie de reportajes sobre la

emigración española reunidos en *Con la maleta al hombro*. Similar fue la circunstancia de publicación de otra serie de reportajes escritos en su mayoría en el verano de 1965, cuando Lera recorre los rincones más olvidados de las regiones españolas para conocer de cerca la vida de los médicos rurales. Los reportajes aparecieron inicialmente en la revista *Tribuna Médica* y lograron un notable éxito, lo que llevó al autor a reunirlos en un libro, *Por los caminos de la medicina rural*, que publicó primero a sus expensas, en 1966, y después, tras una puesta al día, reapareció en Plaza & Janés en 1970. Los médicos adquieren más de una vez protagonismo en sus novelas, siempre desde una vocación altruista y en cierto modo heroica; en *Los olvidados*, *Los clarines del miedo*, *Tierra para morir*.^[8] Otro recorrido, esta vez por los manicomios españoles, dio lugar a *Mi viaje alrededor de la locura* (1972). Otros asuntos obsesionaron a Lera siempre, como hombre y como escritor: el fanatismo, la violencia, la intolerancia, a lo que el escritor contraponía una visión humanista y cordial con la condición del ser humano. Esta convicción, que aflora implícitamente en los argumentos de sus novelas, dio lugar también a numerosos artículos de asuntos varios, algunos reunidos en *Los fanáticos* (1969), además de otros ensayos y reportajes, como *Diálogos sobre la violencia* (1974) y *Carta abierta a un fanático* (1975).

Con la muerte de Franco y la reinstauración del sistema democrático en España, Lera sale definitivamente del silencio y recupera públicamente la fidelidad a unas ideas, ya matizadas por el paso del tiempo y la nueva coyuntura histórica. En las primeras elecciones democráticas, en junio de 1977, se presenta como candidato en Almería en las listas de la Alianza Socialista Democrática, aunque no consigue escaño. Su biografía se conoce ya completa en las solapas de sus novelas y en las alusiones a su persona, cuando durante años el capítulo de su ideología y encarcelamiento fueron silenciados. Publica entonces Ángel Pestaña. *Retrato*

de un anarquista (1978) y *La masonería que vuelve* (1980), un ensayo divulgativo cuya publicación sólo es concebible tras la muerte de Franco.

Después del éxito internacional de *Los clarines del miedo*, sus novelas continuaron siendo traducidas a numerosos idiomas —en Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia, Suecia, Finlandia, Rusia, Alemania, Hungría...—, lo que es un dato más que significativo de su arraigo entre un público lector muy amplio, máxime en unos años en que el mercado editorial español no tenía la proyección internacional que otras coyunturas políticas y económicas posteriores posibilitaron. Este éxito parece haber calado sobre todo en Estados Unidos, donde en 1969 el escritor hizo un recorrido dictando conferencias en diversas universidades americanas. Entonces prende también el interés académico, como pone de manifiesto la realización de tesis doctorales americanas sobre su obra,^[9] en unos años en que la universidad española aún no se había planteado entre sus objetivos el estudio de la literatura contemporánea. De hecho, en España, el éxito popular y comercial de Lera no le supuso renombre intelectual y en parte por lo mismo, su obra no ha tenido una respuesta significativa en el ámbito académico. Los estudios publicados en España durante la vida del escritor son en todos los casos biografías, aunque alguno se complete con juicios sobre su obra, pero en ningún caso se trata de estudios académicos equiparables a los americanos. Y americana es también la única edición crítica existente hasta ahora sobre una novela suya, *Los clarines del miedo*.^[10] Las historias de la literatura española de posguerra sí recogen someras reseñas de su obra, más extensas cuando se trata de historias de literatura social, y en los últimos años contados artículos han abordado algún aspecto de su producción, con especial reincidencia sobre su novela más famosa, *Las últimas banderas*. En todo caso, la bibliografía generada por su obra literaria no deja de ser escasa.

Aparte de la escritura, su actividad pública más relevante en los últimos años está relacionada con la defensa de los derechos del escritor. En 1971 creó con otros escritores la Mutualidad de Escritores de Libros, asociación de la que fue nombrado presidente. En 1977 creó la fundación de la Asociación Colegial de Escritores de España que también presidió. Una de sus obsesiones era conseguir una seguridad social para los escritores, evitar la lastimosa situación de quienes algún día autores prestigiosos, envejecían después sin medio alguno. No podemos dejar de poner en relación este esfuerzo generoso con una condición de su carácter que aflora continuamente en sus biografías: su calidad humana, su afán de ser considerado, por encima de todo lo demás, un hombre recto, íntegro y solidario, comprometido siempre con los más humildes, y fiel a sus ideas: «Mi única preocupación es que el día de mañana mis hijos puedan oír: “Lera fue un hombre íntegro y honrado, fiel a sí mismo y a los suyos hasta la muerte”. Con esto me conformo».^[11]

Ángel María de Lera murió el 23 de julio de 1984, con 72 años, a causa de una metástasis ósea. Toda la prensa nacional recogió la noticia y trazó semblanzas de su vida y obra. Hoy, de su recuerdo, queda su nombre en una calle de Guadalajara y otra de Águilas, un premio literario de cuentos que bajo su nombre creó en 1990 el Ayuntamiento de La Línea de la Concepción y un grupo bastante nutrido de novelas que, pese a su éxito, han sufrido el olvido que su ligazón a una época, la posguerra española, y a una estética, el realismo social, han determinado en las últimas décadas.^[12]

ÉTICA Y POÉTICA

Las circunstancias de la guerra civil española trastocaron el fluir natural de todo, también del momento y modo de ma-

nifestarse literariamente los escritores. Para comprender la obra de Lera hay que comenzar por imaginarse las circunstancias que marcaron su vida, recién salido de la cárcel tras una condena a muerte permutada, y comenzando a buscar oficios con los que sobrevivir. La represión sufrida, la obligada anulación ideológica, la condena al silencio en una España opresora, de castigos, miedos y prohibiciones exigen, en un temperamento inquieto como el de Lera, una válvula de escape. Y esa vía la va a encontrar, cuando la vida comience a normalizarse, en la escritura de novelas. De un modo tácito, Lera vincula su escritura directamente con el sufrimiento; entrevistas, biografías, semblanzas del escritor repiten esta misma convicción de Lera, la de que para ser escritor es necesario haber sufrido. O de otro modo, en ese sufrimiento se encuentra la urgencia de contar, de pergeñar historias nutridas de sus vivencias que, una vez encauzadas, se suceden vertiginosas, en novelas escritas con rapidez porque ya las siguientes requieren la atención del escritor.

Esto nos lleva a dos consideraciones. De un lado la constatación para Lera del sentido trágico de la existencia como dolor y sufrimiento. La persistencia del tema de la muerte en sus novelas, de la vida como dolor, la lucha constante de los personajes por sobreponerse y, sin embargo, la inutilidad de la lucha del hombre contra su destino, son algunas constantes de sus novelas que brotan del fondo dramático del autor. Así lo explicaba él mismo:

Tengo un concepto épico de la novela. Para mí, la vida del hombre es eminentemente trágica, luchando contra el imposible, contra su destino. Esto es lo que me interesa novelar: seguir al hombre y a su camino de sufrimiento, ya que es el único ser en el mundo que sabe que tiene que luchar y no hay solución en la existencia, que sabe que tiene que morir y lucha como si viviera en la eternidad.^[13]